

al Señor en el silencio de la noche, postrado de rodillas sobre el monte que formaba el obstáculo, y rogó á Dios quitase aquella mole del lugar donde había prometido edificarle su sagrada mansión.

¡Oh prodigio estupendo! Como nos narra el Venerable Beda, tornó el santo Obispo al amanecer al lugar de sus anteriores oraciones; y en vez de la escarpada montaña, de los duros peñascos, de las inquebrantables rocas, vió extenderse á sus pies una llanura; mientras á no larga distancia proyectaba su sombra el monte que antes impedía la buena obra, y se había retirado á las preces del piadoso varón. ¡Venid ahora, oh gentiles, exclama al referir este milagro el mismo Venerable Beda, venid y decidnos que no hay entre nosotros quien tenga fe, esa fe viva, esa fe de Dios que para remover montañas nos exigió Jesucristo!

Algo parecido acaeció en el terreno que pisamos. La fe y las plegarias de nuestros antepasados trajeron los medios necesarios para remover la enorme montaña; y la montaña quedó removida. No fué ciertamente un milagro el reducirla á polvo con medios naturales; pero, ¿fué, por ventura, un suceso ordinario el hallarlo todo donde nada había, el hacer que afluyera el oro á manos que nada poseían? ¿No se necesitó una fe vivísima, sin sombra de duda, sin vacilación de ningún género, para acometer una empresa nueva hasta entonces en esta parte del mundo? Y notad que aquí no sólo se trataba de apartar un monte, sino de quitarlo de la tierra, y suspenderlo, si puedo usar de esta frase hiperbólica, de suspenderlo en los aires, formando con sus rocas una mole inmensa, más elevada que la que se quería demoler. Pero todo lo

hizo la fe, la fe inquebrantable, la fe que no reconoce barreras ni obstáculos, y merced á la cual vió la generación que precedió á la de nuestros padres, levantarse esa cúpula, que muy poco ¡ay! había de coronar las bóvedas de este majestuoso edificio.

Si para edificar se necesita fe, para reedificar se requiere una fe mucho mayor. Comparad la doble narración que nos han dejado los Libros Santos, de la construcción del primer templo de Jerusalén, y de la del segundo llamado de Zorobabel. En aquella todo era gozo, todo animación, todo entusiasmo. En éste el gozo iba mezclado con lágrimas, el entusiasmo con temores, la animación con desconfianza y desaliento: *flebant voce magna*. Aunque el Profeta Ageo había anunciado á los Israelitas que el segundo Templo sería más glorioso que el primero, se les figuraba que ni dimensiones, ni materiales, ni artífices, correspondían á la antigua grandeza. ¿Podría compararse la madera de ahora con los magníficos cedros del Líbano enviados por Salomón? ¿Era el nuevo arquitecto digno de ponerse en parangón con aquel tan entendido y tan hábil que en otros tiempos había mandado de Tiro el rey Hiram? ¿Cómo era posible poner en movimiento tanto número de trabajadores como aquel poderoso monarca? Aun pudiendo completar ese número, el trabajo no sería igual, pues tenían que manejar con una mano el escoplo y con otra la espada; atender á la defensa al mismo tiempo que á la construcción. Al considerar estas dificultades, y al ponderar, además, que así como los pecados de una generación habían movido al Señor á permitir la destrucción del primer Templo, así nuevas culpas podrían causar la ruina del segundo, en-

traba el desaliento, y al gozo propio y al ajeno mezclaban lágrimas y gemidos, *flebant voce magna*.

¿No os sucedió á vosotros, Señores, algo muy parecido al empezar la construcción de esta nueva cúpula? ¿No visteis cómo en muchos cundió el desaliento y cómo después de algunos años de trabajo la obra empezaba á *dormir*? Pero venció vuestra fe. La fe de Dios removió el monte de la vacilación y de la desconfianza, allanó todos los obstáculos; y ahí veis el monumento de vuestra piedad y de vuestra constancia.

De vuestra piedad, sí. Erraría grandemente quien á otro motivo atribuyera obra tan colosal. Si el interés ó la vanidad, ó el orgullo os hubieran impulsado á acometer tal empresa, no á reedificar la parte caída de un templo ya suficientemente grande, ni á llenar los aires con una cúpula bella pero improductiva, os hubierais aplicado. Las sumas no despreciables que aquí habéis invertido, las habríais destinado á una vía férrea, á estatuas profanas de héroes antiguos ó modernos, á un circo, á un teatro. Pero para gloria eterna de vuestra piedad y religiosos sentimientos, mientras esta Basílica se construyó en medio de tantas dificultades y escaseces, el Teatro quedó empezado, y su construcción se ha interrumpido largos años. ¡Honor á vuestra fe, á vuestra piedad, á vuestra conciencia! Llenémonos de júbilo y celebremos este fausto día con santo regocijo, con acción de gracias, con cánticos de alegría.

Pero ¡ah! ¿por qué asoman á nuestros ojos involuntariamente las lágrimas, en medio de una fiesta que debiera ser toda de regocijo? ¿Por qué como en tiempo de Zorobabel, muchos de los sacerdotes y levitas, de los

próceres y de los ancianos, lloran dando grandes voces, *flebant voce magna*, mientras otros manifiestan sólo su alegría?

Cuando el lugarteniente del rey Darío preguntó á los ancianos de Israel: ¿Quién os ha dado facultad para edificar esta casa y reparar estos muros, *quis dedit vobis potestatem ut domum hanc ædificaretis et muros hos instauraretis* (ESDR. V, 9)? *El rey Ciro dió un decreto*, respondieron con firme voz y tranquilo ademán. Si á nosotros nos preguntan ahora: ¿quién os movió á emprender esta obra en los tiempos más aciagos, quién ordenó los primeros trabajos, quién organizó las primeras colectas? ¡ay! no podremos responder con igual tranquilidad. Muchos han bajado al sepulcro apenas iniciada la obra; y si bien la actividad de quien ha sobrevivido y llevado á cabo la gigantesca empresa nos llena de gozo, la falta de los que antes de ver realizados sus proyectos partieron de este mundo, no puede menos que excitar nuestro llanto. Consagrémosles este día un recuerdo de gratitud y amor; y además de esta cúpula que les sirve de fúnebre monumento, dediquémosles otro en nuestros corazones, y juntamente con los cánticos de alegría, entonemos en honra suya flébiles himnos.

II

Sin que yo os lo diga, Señores, bien sabéis que al terminar la cúpula, estáis muy lejos de haber puesto á vuestra obra el necesario coronamiento. No me refiero á esa reforma completa que ya medita el activo Prepósito del Oratorio, que cambiará totalmente paredes y altares, y transformará torres y fachada, haciendo que correspondan á la novedad y esbeltez de la cúpula. Me refiero, para decirlo en una palabra, al edificio místico de vuestra fe y religiosidad.

¡Cuán majestuoso, cuán augusto, cuán sublime descollaba hace algunos años este espiritual edificio! ¿Qué era á su lado el primitivo cimborrio de esta Basílica, qué los templos que en derredor pululaban? Sólido, firme, elevado, había podido resistir á los estragos del tiempo y desafiar todas las tempestades. En otras partes se había desgarrado la unidad religiosa; entre vosotros permanecía intacta, íntegra, brillante. En otras partes se había resfriado la piedad, aquí continuaba encendida como en los mejores días: y fieles á las antiguas tradiciones, en medio de los vaivenes políticos, se había conservado ese espíritu de moderación, de suavidad, de dulzura, que

al paso que os hacía grandes en lo material, dejaba que la Religión floreciera y la piedad produjera sus frutos.

Pero llegó un tiempo en que á inexpertos arquitectos ocurrió en lo moral lo que al necio albañil, á quien se debió la caída de la cúpula que habéis reedificado. Si es cierta la tradición que nos contaban de niños, parecieron al ignorante obrero demasiado toscos los pilares que sostenían el cimborrio; quiso sustituirlos con columnas más agradables á la vista; erró sus cálculos, y se desplomó la bellísima fábrica.

Así sucedió con el edificio de vuestra religiosidad; parecieron demasiado toscos los pilares del catolicismo; juzgaron algunos que sustituyéndolos con las columnas de alguna secta protestante, sin la confesión auricular, ni otras obligaciones algo duras, quedaría más graciosa la fábrica que sostenían: y se derribó parcialmente el edificio de nuestra unidad religiosa. Así lo hemos encontrado los dos Prelados que fuimos vuestros párrocos antes de este funesto cataclismo, y la diferencia de entonces á ahora nos ha amargado nuestro gozo, teniendo que interrumpir con lágrimas vuestros cánticos de alegría.

Ya que reedificasteis esta cúpula material, reconstruid el edificio espiritual de vuestra unidad religiosa. Ya que vuestras oraciones y vuestra constancia trasladaron un monte de roca, que nuevas plegarias y reduplicada actividad remuevan de este suelo bendito el monte cavernoso de la herejía. Bajo el nombre de montaña, dice el Venerable Beda, antes citado, se designa á menudo en la Escritura al demonio, por la soberbia con que se levanta contra Dios y quiere ser semejante al Altísimo; *montis nomine diabolus significatur, videlicet propter superbiam*

qua se contra Deum erigit, et esse vult similis Altissimo.
Sed fuertes en la fe; tened la fe de Dios que nos manda Jesucristo; y ese monte malhadado, el demonio de la herejía, se retirará de nuestras montañas y sentará en tierras para él más propicias sus funestos reales. Cuando hayáis consumado esta empresa sagrada, entonces nuestro gozo será completo, y ya no mezclaremos á los himnos de júbilo las lágrimas que ahora empañan nuestros ojos.

Sequémolas entretanto para dar gracias al Señor por este acto de reparación solemne que ha hecho á Dios ofendido esta religiosa ciudad. Si comparamos los estragos en ella causados, con los de otros pueblos de nuestra República, nos parecerán aquellos insignificantes. Pero siempre cayó un templo bajo el martillo destructor, siempre fué derribado un santuario, y era menester una reparación competente. Esta reparación se ha consumado con la construcción de este suntuoso cimborrio, que compensa con usura lo perdido, que nos rehabilita ante el mundo civilizado, que aplacará sin duda la ira de un Dios justamente agraviado. ¡Honor á los promovedores de una obra que hoy vemos terminada después de quince años de trabajo! ¡Honor al sacerdote que ha servido de guía y poderoso aguijón en los últimos tiempos! ¡Honor á cuantos á ella han contribuido, honor á la ciudad entera! Gloria sobre todo y alabanza á la Trinidad augustísima, gracias eternas á Dios todopoderoso sin cuyo favor ni se habría pensado en iniciar la reconstrucción del santuario, sin cuyo auxilio no se habría emprendido, sin cuyo socorro no se habría terminado.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

¡Cuánto me regocija el ver en este santuario donde vertí mis primeras plegarias, al venerado Metropolitano de esta provincia y al eminente Diocesano que hoy por primera vez visita mi ciudad natal! Grande ha sido mi satisfacción al hallarme en esta cristiana población y en este santo templo en vuestra ilustre compañía. Grato en extremo me ha sido dirigiros la palabra en este día faustísimo, y á nadie hubiera cedido de buen grado semejante honor. De santo orgullo se ha henchido la ciudad al acoger en sus muros á su antiguo párroco, nunca olvidado en tantos años, y al verlo regresar precedido de la gloriosa cruz arzobispal. Grande también ha sido su edificación al observar los lazos estrechísimos de fraternal afecto que lo unen con el nuevo Pastor de esta grey, el cual, conducido por la diestra de su Metropolitano, viene hoy á arrojarle por primera vez en los brazos de estos sus amantísimos hijos. Vuestra presencia, Ilustrísimos Señores, ha dado á esta insigne solemnidad una pompa hasta ahora desconocida; y al paso que á nombre de la ciudad en que abrí los ojos, os doy á vosotros las gracias por vuestra venida y bondades, os ruego no difiráis el momento de darlas al Todopoderoso, á la cabeza de este pueblo entusiasmado, que os suplico bendigáis entrambos, y que yo con permiso vuestro bendigo.